



D. Ramón Rayón.



DON RAMON RAYON.

Hermano menor del conocido Don Ignacio López Rayón, fué este valiente insurgente superior en conocimientos militares, a su hermano, el cual muchas veces se guió en la campaña por sus consejos.

Nació en Talpujahuá, el 31 de Agosto de 1775, del matrimonio de Don Andrés López Rayón con Doña Rafaela López Aguado, y después de hacer sus primeros estudios en su tierra natal, vino á México con su hermano para seguir una carrera, pero el éxito desgraciado que tuvo en sus comienzos lo decidieron á dejar las letras y á dedicarse al comercio, en lo cual lo ayudó su familia hasta que consiguió tener un pequeño "cajón" ó tienda de ropa en el Parián. Dedicado á esa ocupación estaba, cuando estalló la revolución de Dolores, en la que casi desde los primeros días tomaron parte Don Ignacio y sus hermanos Don Francisco y Don José María; sin embargo, Don Ramón continuó entregado á sus habituales ocupaciones, en unión de su otro hermano Don Rafael, hasta que habiendo adquirido notoriedad el mayor de todos ellos por su retirada del Saltillo y por considerársele el jefe de todos los insurgentes, las autoridades españolas de la capital se propusieron hostilizar y perseguir al hermano comerciante por cuantos medios encontraban. Cansado de sufrir vejaciones, y viéndose expuesto á la ruina, decidió lanzarse á la revolución, por lo que realizando sus

bienes salió de la capital y se dirigió á Michoacán en busca de su hermano.

En alguna biografía hemos leído que Don Ramón Rayón no se hizo insurgente como un soldado vulgar, sino que comprendió que para entrar en la lid era indispensable proporcionar á las masas ciertos elementos para contrarrestar los que sobraban al poder colonial. Entonces "se dedicó al estudio de la fortificación y aprendió en Morla y Robira el arte de fundir cañones, y tan feliz fué el éxito que coronó sus esfuerzos, que en breves días fundió cuantos se necesitaban par la defensa de Zitácuaro." Aparte de que cuando resolvió unirse á los independientes ignoraba lo que eran las masas y la guerra, sus ocupaciones no le han de haber dejado mucho tiempo para dedicarse á estudiar fortificación, y si lo llegó á hacer, sería de una manera muy superficial; tenía disposición para la milicia, y nad más, y si en lugar de servir á los intereses de su hermano se hubiera dedicado á servir los de Morelos, muy útil habría sido á este caudillo y á la causa de la patria.

A mediados de 1811, cuando Don Ignacio ya había sido derrotado en el Maguey, rechazado de Valladolid, y se encontraba en Tuzantla, indeciso del partido que debía tomar, fué cuando Don Ramón se lanzó á la revolución; fué á ese pueblo á buscar á su hermano, y sabedores ambos de la victoria que Don Benedicto López acababa de obtener en Zitácuaro contra Torre, decidieron dirigirse hacia esta población; López ningún inconveniente tuvo en ceder el mando de la plaza al delegado de Hidalgo, y la acción de 22 de Junio, en que fué rechazado Empáran, mandando ya Rayón, acabó de darle la superioridad sobre el sencillo Don Benedicto. Organizada la Junta de Zitácuaro y libre por el momento de enemigos, Don Ramón, para consolidar la conquista de su hermano, estuvo expedicionando por el Norte de Toluca, mientras López lo hacía por Tuzantla y Oviedo por el Sur de la misma Toluca; el 11 de Septiembre entró Don Ramón en Ixtlahuaca, obligando á los realistas á retirarse á aquella ciudad, que con un poco de esfuerzo hubiera caído en po-

der de los insurgentes, á pesar de la prontitud con que Porlier salió de México en su socorro.

Entre tanto, Don Ignacio Rayón fortificaba Zitácuaro, contra la opinión de Don Ramón, que quería que ese punto fuese abandonado, idea en la que insistió cuando por las cartas interceptadas se supo que el objeto de todos los movimientos de Calleja era atacar la villa; pero ya era tarde para ello, pues los indios podían disgustarse, y no tuvo más remedio que aumentar á toda prisa las defensas de ella y llamar á todos los jefes que fué posible. Don Ramón se encargó de las fortificaciones y de la artillería, que llegaba á 36 cañones, que colocó ventajosamente, pero sus esfuerzos resultaron infructuosos, porque la pericia de Calleja supo vencer todos los obstáculos que se le habían opuesto, y en un solo ataque se apoderó de Zitácuaro, que los Rayón creían que sería objeto de un sitio; Don Ramón se defendió valientemente, y en la retirada le mataron el caballo, que del golpe quedó muerto; y él hubiera caído en poder de los realistas, á no haber sido por su asistente, Joaquín Ruiz, que aunque herido también, consiguió ponerlo en cobro; en esa acción perdió Rayón el ojo izquierdo. Zitácuaro no se perdió por la desigualdad de fuerzas y pertrechos como dice Sola, pues las tropas independientes eran superiores en número á las realistas, sino por la impericia de los jefes, y porque no era una plaza defendible.

Don Ramón se dirigió á Tlalchapa, donde permaneció hasta que quedó totalmente curado de sus heridas, razón por la que no acompañó á su hermano al asedio de Toluca ni siguió á la Junta en las diversas peripecias que tuvo. Bueno y sano ya, ambos hermanos se reunieron en Tlalpujahua, y convinieron con los demás en fortificar el cerro del Gallo, inmediato á la población, así como el de Nadó, cercano á Aculco, fácilmente defendibles pero no inexpugnables, como creían; en ambos estableció su maestranza Don Ramón, fundió cañones, computo fusiles, etc., pero no pudo taladrarlos, por más esfuerzos que hizo, y esta circuns-

tancia contribuyó á que nunca estuviesen bien armados los insurgentes, pues les faltaba la arma principal de la infantería, y tenían que conformarse con las que conseguían quitar á los realistas. Los otros tres Rayón, por su parte, se ocupaban en levantar fuerzas, y en esos días de Junio y Julio de 1812, los cinco hermanos trabajaban activamente y unidos en su antigua casa, en favor de la Independencia de México.

Nombrado jefe del Cantón de Tlalpujahuá, se dedicó á expedicionar por la comarca asaltando convoyes y procurando tener siempre provistos sus fuertes para poder resistir un sitio; algunas veces emprendía correrías más largas, como la que hizo á Jerécuaro, donde atacó al pueblo, que estaba bien defendido, apoderándose de él y haciendo prisioneros doscientos y tantos enemigos, entre los que estaba el Comandante Don Mariano Ferrer, hermano del fusilado en México por insurgente y que expedicionaba por Maravatío, castigando severamente á los independientes; Rayón (Don Ignacio) lo condenó á muerte, sentencia que se ejecutó en Tepustepec el 4 de Septiembre; dos españoles y cinco soldados sufrieron la misma pena y los demás fueron incorporados á las filas insurgentes. Don Ramón era infatigable, como lo demuestra la circunstancia de que después de esa acción hiciese una correría por Querétaro y volviese á Jerécuaro, donde derrotó á la partida del realista Aguirre, quitándole los fusiles, que tanta falta le hacían, y que inmediatamente después hiciese una larga correría para ponerse en asecho del convoy que se había detenido en San Juan del Río, y al que pudo quitarle algunas cargas.

En Enero de 1813 regresó á Nadó, amenazado por Castillo Bustamante, y consiguió barrenar fusiles, lo cual fué un verdadero éxito, pues así podía armar á todo el ejército con armas de fuego. Con este éxito y con los víveres tomados á los diversos convoyes atacados, tenía ya bastante para aguantar un sitio que el jefe realista citado no se atrevió ni á iniciar, pues no se acercó á Tlalpujahuá. En pugna Don Ignacio con los Vocales Verduzco y Licéaga, y

no habiéndose podido entender con el primero en Pátzcuaro, envió á su hermano Don Ramón á Acámbaro para que tratase con el segundo, que tampoco se avino á una avenencia y que al fin se fugó rumbo á Salvatierra, á donde trató de seguirlo Don Ramón, pero en lugar de dar con él se encontró con Iturbide, que lo atacó impetuosamente; Don Ramón se defendió durante siete horas, esperando que Licéaga, espectador de la batalla, lo ayudase, pero al fin tuvo que retirarse, perdiendo su artillería, pertrechos, etc., y entregándose su gente á una completa dispersión; Don Ignacio y Don José María se retiraron inmediatamente al campo del Gallo, á donde llegó Don Ramón con los dispersos, pero por entonces ningún ataque se intentó contra esa fortificación, y los Rayón tuvieron tiempo de almacenar suficientes víveres y de reunir bastante partidas de tropa. A pesar de que en Salvatierra quedó derrotado, esa fué una de las más brillantes batallas que sostuvo, como lo confesó más tarde el mismo Iturbide, agregando que tres veces tuvo ganada la acción Rayón, y que en definitiva habría quedado el campo por suyo, aun sin el concurso de Licéaga, si Oviedo, el Comandante de la caballería, no hubiese faltado á las órdenes que tenía recibidas. "A no haber sido por el imprudente arrojamiento de Oviedo, dice Don Mariano de J. Torres, se habría obtenido un completo triunfo sobre las tropas realistas, las que no salieron bien libradas del combate."

En los primeros días de Mayo se presentó Castillo Bustamante con dos mil hombres y 6 cañones frente al campo, de donde ya había salido Don Ignacio, y aunque Don Ramón se defendió bien, esa defensa no correspondió á los preparativos hechos, pues en seis días se vió privado de recursos y sin agua, por lo que determinó abandonar el punto; clavó sus cañones, quemó las cureñas, destruyó las provisiones, voló el parque, y la noche del 12 de Mayo se salió del campo con todo su ejército, que no fué sentido por el ejército sitiador; el cerro de Nadó, abandonado por Polo, también cayó en poder de los realistas, que en

vano persiguieron á los insurgentes, pero que en cambio ocuparon los dos puntos fortificados, á Tlalpujahua, que era considerada como la capital de la revolución, y á Zitácuaro, y se hicieron dueños de todos los útiles y materiales que la constancia y previsión de Don Ramón había acumulado en esos lugares; Castillo Bustamante arrastró las fortificaciones y se situó en Maravatío para tener expeditas las comunicaciones entre Valladolid y Toluca.

En Tlaxpan se reunieron los dos hermanos, y no pudiendo permanecer mucho tiempo en la comarca, se separaron, yéndose Don Ramón para la provincia de Guanajuato, convencido de que no podía sostenerse en Zitácuaro; en pocos días consiguió organizar una nueva partida de 600 hombres se presentó en Puruándiro á mediados de Agosto, para proteger á Don Ignacio, que durante ese tiempo había andado á salto de mata; sin embargo, Don Ramón pocos días permaneció allí, pues además de ser activo comprendía que mas ganaba la causa combatiendo que ocultándose y huyendo siempre. Se dirigió á Zamora y en Chaparraco (4 de Septiembre) derrotó á una considerable partida realista, pero quince días después fué sorprendido por Landázarí en Zapu y poco faltó para que Don Ignacio capu y poco faltó para que Don Ignacio fuese hecho prisionero. No parece sino que la fortuna se empeñaba en mostrarse esquivra cuando emprendía Don Ramón alguna expedición unido á su hermano Don Ignacio. Por orden de éste, que tuvo necesidad de presentarse en el Congreso de Chilpancingo, pero que quería hacerlo con todo el boato de un General que dispone de grandes fuerzas y de un igual que sólo por deferencia ocurre á una ceta, Don Ramón y Don Rafael lo escoltaron desde Tancitaro hasta Chilpancingo.

Morelos, que sabía aprehender la valla de los hombres, conquistó á Rayón para que lo ayudase en el ataque de Valladolid y le dio el grado de Mariscal de campo y Comandante de la demarcación de Tlalpujahua, encomendándole además, que ayudasen al paso del ejército y de la artillería por

el Mezcala, operación que se verificó el 9 de Noviembre con toda felicidad. Siguió adelante y comunicó á Morelos oportunas noticias acerca de los movimientos de las tropas realistas de Llano é Ixturbide, con objeto de batirlos y le propuso que con la tropa de su mando, la de su hermano Don Rafael é igual número de la de Matamoros se situaría en el puerto de Medina 6 en otros puntos ventajosos, para impedir el paso de Llano, que estaba en Ixtlahuaca, y la reunión de éste con Ixturbide, que se hallaba en Acámbaro, con lo que se aseguraría la toma de Valladolid, aun cuando fuese oportunamente socorrida por el último. El plan de Don Ramón Rayón era hábil, sin que por esto creamos que era decisivo, pero fué desechado francamente por Morelos, que quería tener todas sus fuerzas expeditas para atacar la ciudad; en consecuencia, Rayón prescindió de su idea, y acatando las órdenes del Generalísimo, se limitó á hacer una marcha de flanco paralela á la que seguía Llano; éste, sabedor de que el enemigo lo seguía por su izquierda, destacó en Maravatío al Teniente Coronel de Píeles del Potosí, Don Mariano Aguirre, con alguna infantería, quien batió á Don Ramón el 18 de Diciembre en el cerro de Itecuaro, haciendo algunos muertos y quitándole bastantes armas. Don Rafael Rayón, que no había podido incorporarse á su hermano y que á su vez venía de San Miguel para concurrir al ataque de la capital de Michoacán, fué batido también en Santiguño por Ixturbide, y las dos divisiones realistas continuaron su camino sin detenerse á la espalda ni en los flancos. No ha faltado quien diga que la derrota de Itecuaro se debió á la falta de municiones que Rayón había pedido con toda oportunidad á Morelos y que éste prometió enviarle á determinado punto.

Fracasado el ataque de Valladolid, en el cual tomó muy poca parte Don Ramón, por estar en el punto ó garita de Santa Catalina, el grueso del ejército insurgente se retiró á Puruarán, donde lo alcanzaron los realistas; Morelos se empeñó en dar la batalla, á pesar de la oposición de sus Gene-

rales, entre los que se contó Rayón, pero decidida ésta, quedaron él y su hermano Don Rafael al otro lado del río; se defendieron con denuedo, pero batido el punto principal, que era la hacienda, y ocupado, tuvieron que retirarse, sin haber sufrido pérdida alguna; sin embargo, tuvieron una gran dispersión en su tropa, á causa del pánico que se había apoderado de los soldados, que hasta las armas abandonaron. Muñoz, que las recogió, devolvió algunas, y Rayón al fin se internó en la sierra de Zitácuaro, situándose en Laureles, donde recogió muchos de los dispersos; siguió para la Barranca, donde tuvo noticia de que su esposa había fallecido en Tajimaroa, lo que hizo que prescindiera de seguir para esa población y que se dedicase únicamente á organizar su pequeña división, que estaba muy necesitada de municiones y de pólvora. La exploración de la gruta de Jungapeo, de la que ya tenía noticias y á la que se dedicó entonces, le fué de suma utilidad, pues le permitió pasar con tranquilidad una fuerte fiebre que de resultas de tantas penalidades sufridas le atacó, librarle de la activa persecución que le hacían los realistas Aguirre y Guardamino, y lo que es más notable aún, fabricar la pólvora que necesitaba; en efecto, aquella cueva, además de ser una curiosidad como otras muchas por las estalactitas que contenía, era un refugio seguro no para cien hombres, que eran los que habían quedado á Don Ramón, sino para dos mil, y el suelo de la caverna estaba cubierto por una espesa capa de medio metro de espesor de estiércol de murciélago depositado allí desde hacía siglos. Desalojó á los alados habitantes de la caverna, tapó los respiraderos de la cueva y prendió fuego al estiércol, que ardió durante quince días, al cabo de los cuales tenía la suficiente materia prima para fabricar azufre y pólvora y un asilo seguro, desconocido de los realistas; estableció cuatro fraguas, fabricó cañones y durante algunas semanas nadie supo de él y en vano lo buscaban aquéllos; el plomo que necesitó lo tomó de los techos del convento de Sultepec.

Al fin fué encontrado y atacado por Aguirre, que aunque penetró á la caverna y destruyó las instalaciones hechas, no causó gran daño al insurgente, que se refugió en el cerro de Cóporo y tuvo ocasión de apreciar las buenas condiciones que tenía para ser fortificado, y determinó establecerse en él, pero entre tanto se dedicó á hacer algunas correrías por la comarca. Se dirigió entonces á Sultepec, donde se proveyó de plomo, como hemos visto, reconoció el cerro de la Goleta, que después fué fortificado, y en Tejupilco fabricó parque, haciendo que todas las indias moliesen en sus metates azufre y salitre; de ahí se dirigió á marchas forzadas para castigar á un Comandante español que contra lo pactado fusiló á Bringas, indultado, lo que consiguió en la hacienda de Baranca, jurisdicción de Querétaro, acción á la que concurrieron por orden de Rayón las partidas de Atilano y de Epitacio Sánchez. En la Barranca y en Sabánilla consiguió triunfos que aumentaron su armamento y su crédito, y que le dieron alientos para sorprender por medio de sus Tenientes un destacamento de Ordóñez, que estaba en Huehuetoca. Antes de que fuera perseguido se retiró á San Pedro de Cóporo, que se dedicó á fortificar, sin encerrarse allí todavía. En estas ocupaciones pasó varios meses del año de 1814.

Para solemnizar su santo el 31 de Agosto de él, dió libertad á todos los prisioneros realistas que tenía, regalándoles además vestidos nuevos y un peso á cada uno; muchos prefirieron quedarse en su ejército, y sólo veinte, que tenían familia, dejaron á Rayón. Para librarse de la activa persecución que le hacía Llano con quinientos caballos, discurrió mezclar á la paja cierta raíz venenosa bien despedazada y que se confundía con aquélla; cuando el enemigo llegó á la hacienda de Jungapeo, que fué donde empleó esta estratagema, murieron envenenados los caballos y aunque Llano quiso con sus trescientos infantes, forzar los vados del arroyo de Púcuaro para atacar á Rayón, los obstáculos que éste había puesto en el fondo del río impidieron el paso, teniéndose que retirar el Coronel rea-

lista. Por aquellos días Fernando VII había vuelto á ocupar su trono y los Comandantes españoles recibieron orden de aprovechar esta oportunidad para atraerse á los insurgentes haciéndoles ver que había cesado el pretexto de la revolución. Llano se dirigió á Rayón en este sentido, ofreciéndole el más amplio indulto, pero el segundo se negó á una avenencia, contestando en nombre de la nación mexicana "que ésta nada tenía que esperar de España, y mucho menos organizada bajo el plan de absolutismo de Fernando."

Los últimos triunfos de Don Ramón, la fortificación de Cópore y la negativa de aquél á indultarse, decidieron al Virrey Calleja á hacer un esfuerzo para acabar con ese insurgente, que era e más notable que había quedado en la provincia de Michoacán. Al efecto, ordenó á fines de Octubre de 1814 á Llano, que se encontraba en Acámbaro, que con su división, fuerte en 2,000 hombres, marchase á atacarlo; pero Rayón, de acuerdo con su hermano Don Francisco, adoptó un género de guerra con guerrillas volantes que aparecían y desaparecían tan velozmente que era materialmente imposible atacarlas; de la caballería ya hemos visto como se deshizo, y en cuanto al resto del ejército realista no tuvo más remedio que esperar en los Mogotes, junto á Tuxpan, donde lo derrotó, así como en la mesa de Cuinga, distinguiéndose en este punto Don Melchor Múzquiz; estos triunfos parciales desmoralizaban á los realistas y al fin los obligaron á retirarse á Acámbaro, y aumentaron el prestigio de Don Ramón Rayón, que se había batido con fuerzas inferiores en número y en armamento que las de Virrey.

Resolvió reforzar á Llano con las tropas de Guanajuato, que mandaba Iturbide, y con las que estaban á las órdenes de Concha. El 16 de Enero de 1815 empezaron las operaciones militares, y aunque Iturbide pudo en ellas toda su pericia, no consiguió alcanzar á Don Francisco Rayón, que lo obligó á hacer un largo paseo por Irimbo, Tuxpan, San Andrés y Zitácuaro hasta Anganguo; llegó á Jungapeo el 26, y hasta el

28 pudo presentarse frente á Cópore, para empezar el sitio. Tres mil hombres tenía Llano á sus órdenes, en tanto que Rayón sólo mandaba á setecientos, con cuatrocientos fusiles, treinta y cuatro cañones, abundancia de víveres y municiones, y suficiente agua del arroyo que serpentea por el cerro. Afuera quedaron las partidas insurgentes de Lucas Flores, el Giro, padre Torres, Obregón, etc., para hostilizar á los realistas y que atacaron infructuosamente á Acámbaro el 4 de Febrero.

Cópore estaba bien fortificado, sobre todo en su parte accesible, por cuatro baluartes regularmente construidos, tres baterías en los intermedios, formadas con saquillos, un foso de bastante amplitud y á distancia de unas treinta ó cuarenta varas una estacada ó tala de árboles de espino; desde el arroyo subía por el lado izquierdo del frente forficado una vereda poco usada y una áspera cuesta, y todo lo demás de la circunferencia era enteramente impracticable. Los sitiadores abrieron un camino para subir la artillería y rompieron el fuego el 2 de Febrero, sosteniendo desde ese día frecuentes escaramuzas; el día 5 se celebró consejo de oficiales, ante el cual expuso Iturbide su opinión de que sería dudosa la victoria en el caso de asaltar la fortaleza; pero que no obstante esta opinión, él estaba dispuesto á mandar la fuerza que intentase tal cosa. Transcurrió todo el mes de Febrero en escaramuzas, sin que los sitiadores adelantasen gran cosa, hasta que el día 3 de Marzo dió Llano á Iturbide la orden de asalto. En la madrugada del 4 tuvo verificativo, y aunque los asaltantes, divididos en cuatro columnas, iban mandados por buenos jefes y demostraron mucha intrepidez, fueron rechazados por los sitiados, que estaban alerta y que no tuvieron necesidad de ser advertidos por los ladridos de ningún perro, como afirma Ellisola; numerosos realistas, (400 según Bustamante), quedaron tendidos en el campo, y Rayón sólo perdió un Capitán y un soldado, pues toda la tropa combatió al abrigo de los parapetos. Las consecuencias del asalto fueron que Llano levantase el sitio á los se-

senta y dos días de haberlo emprendido, con gran descontento de Calleja, que comprendió todo el descrédito que sobre las armas realistas había caído; Rayón creció mucho ante los ojos de todos y desde entonces los insurgentes mostraron predilección por fortificar aquellos sitios elevados que con poco trabajo podían hacerse muy defendibles y hasta inexpugnables. El ejército sitiador quedó dividido en varias divisiones para recorrer sin cesar la comarca y evitar que los fortificados de Cópore recibiesen auxilios y víveres, así como para preparar lo necesario, á fin de establecer un nuevo sitio cuando se estimase conveniente.

Rayón siguió sus excursiones por la comarca, sin alejarse mucho de su base de operaciones, y en Mayo de ese año emprendió un ataque sobre Jilotepec, á instancias de Epitacio Sánchez; á pesar de que la expedición estuvo bien dirigida y de que se peleó largo rato, fueron derrotados los insurgentes, que perdieron bastantes hombres y muchas armas; Don Ramón se libró de caer prisionero gracias á la oportunidad con que lo auxilió su hermano Don Francisco, y tuvo que retirarse á Cópore. Algunos meses después cayó prisionero este caudillo en Tlalpujahua, y aunque Don Ramón y sus hermanos procuraron salvarlo, haciendo varias proposiciones al Virrey Calleja, no lo consiguieron.

Cuando Don Ignacio Rayón regresó de su desgraciada expedición á Oriente, y por causa de la disolución del Congreso se creyó con derecho á ser reconocido como el único jefe de la insurrección, necesitaba ejército y recursos para sostener tales pretensiones, y al efecto, se dirigió á Cópore, de donde sacó 340 caballos de remonta, un bien organizado escuadrón de dragones y otros recursos, con lo que debilitó las defensas del cerro y la dejó sin auxiliares que lo proveyesen de víveres; en vano se opuso á todo esto Don Ramón de palabra y aún por escrito, y le envió correos suplicándole que retrocediese, pues había temor de que Cópore se perdiese; "el Lic. Rayón creyó que era objeto de preferencia la consolidación de su gobierno; partió en Sep-

tiembre de 1816 y no volvió por allí." Además, Epitacio Sánchez, Vargas, Urbizu y otros muchos oficiales se habían indultado, y Don Ramón abrigaba el temor de que cualquier día los oficiales que aún estaban á su lado entregasen el fuerte para conseguir el indulto. Desde Junio de ese mismo año de 1816, el Coronel Don Matías Martín y Aguirre, encargado de vigilar el fuerte, había ido estrechando insensiblemente el bloqueo de Cópore y hacía cada día más difícil la introducción de víveres, procurando también entrar en tratos con Rayón; éste se manifestó dispuesto á entregar el fuerte, pues estaba convencido de que no podría sostenerse mucho tiempo en él, pero necesitaba vencer algunas resistencias de sus subordinados, que podían sublevarsele, como el padre Araujo y algunos otros, que llegaron seriamente á pensar en apoderarse de la persona de Don Ramón. Al fin consiguió, por medio de Don Apolonio Calvo, ajustar las condiciones de la entrega, y en junta de oficiales logró que fuesen aceptadas por todos los jefes y oficiales y aun por los soldados.

El 7 de Enero de 1817 Aguirre formó su ejército frente á la trinchera principal, y Rayón salió con el suyo, formándolo frente al realista; las banderas tocaron diana y unos y otros vitorearon al Rey y á la paz; entraron todos al fuerte y después de una salva empezaron los indios á destruir las fortificaciones; Rayón comprendió en la capitulación á sus hermanos Don Rafael y Don José María, que estaban inmediatos, y á Don Ignacio, no obstante que estaba lejos, los auxiliares y aun muchos insurgentes, bajo pretexto de que se hallaban fuera en comisión; á los desertores y á los procesados. Veintitrés cañones, trescientos fusiles, bastante parque, pocos víveres y más de mil hombres se encontraron en el fuerte, que costó trabajo destruir. Fué desaprobada la capitulación, por la idea de que con los insurgentes no se debía tratar nunca; pero no obstante esto, fué cumplida, y Aguirre quedó satisfecho y siguió en el ejército realista. Esta fué la primera capitulación celebrada y cumplida (á pesar de no haberse publicado) por los españoles.

Don Ramón Rayón se retiró á la hacienda de Ocurio, que tomó en Arrendamiento, y poco tiempo después, perseguido por los insurgentes, se retiró á Zitácuaro, donde levantó una compañía de realistas; su hermano Don Ignacio, á pesar de haber contribuido á la rendición, publicó una proclama reprobando la conducta de Don Ramón, con él, que ya estaba desavenido; pero no obstante esta conducta, cuando cayó prisionero, aquél alegó que debía ser comprendido en la capitulación y trabajó activamente por salvar la vida del Ministro de Hidalgo, como lo consiguió, ayudado por otras personas. Don Ramón siguió viviendo pacíficamente ese año de 1817 y los tres posteriores hasta 1821, que teniendo noticia del plan de Iguala acudió á ponerse á las órdenes de Iturbide; éste lo recibió perfectamente, y como aún no estaba seguro del triunfo, lo hizo Comandante de Zitácuaro y lo comisionó para que volviese á fortificar Cópore, lo que resultó ya inútil, por lo rápidamente que se desenlazó la revolución. Hecha la Independencia, fué nombrado Regente de la Administración de tabacos de México, y después Contador general de Correos. La Junta de 1824, habiendo examinado los documentos de Rayón, declaró por buenos y meritorios los servicios que prestó á la Independencia desde 1811 hasta la rendición de Cópore; sin embargo, la República hizo poco por él y ni aun siquiera le dió el grado de General de División que le correspondía, ya que antes había sido Teniente General, y sólo lo hizo General de Brigada. Permaneció en cuartel hasta 1834, que el Gobierno de Santa-Anna le dió la comisión de pacificar el Estado de Michoacán, la que desempeñó con moderación y eficacia, acabando con la revolución centralista que se había iniciado. Por algún tiempo permaneció allí con el carácter de Comandante general, y terminada su comisión, regresó á México y vivió en él hasta su muerte, ocurrida el 19 de Julio de 1839.

El Estado de Michoacán no ha honrado, como debía, la memoria del valiente, entendido y honrado defensor de Cópore y campeón de la causa nacional.



DON JOAQUIN SEVILLA Y OLMEDO.

Los datos adquiridos últimamente nos permiten dedicar un pequeño artículo biográfico á este militar, que contribuyó á la revolución de San Luis Potosí.

Don Joaquín Sevilla y Olmedo, nativo probablemente de esa provincia, se encontraba en su capital en Septiembre de 1810, mandando con el carácter de Capitán una Compañía del Regimiento de "Dragones de San Carlos," allí acantonado, y estaba afiliado á la conspiración, cuyo centro era Querétaro, pero temeroso de que Calleja hiciese un escarmiento con él si llegaba á saber cuáles eran sus ideas políticas, afectó una obediencia absoluta durante todo el resto de Septiembre y el mes de Octubre, que aquél jefe permaneció en la capital ó sus cercanías, instruyendo á sus tropas: cuando el General realista se fué á campaña, salió dejando en San Luis la guarnición de 600 ó 700 hombres, que creyó suficiente, y que si para tiempos normales era excesiva, para la época de agitación en que se vivía era reducida. Sevilla, que ya estaba de acuerdo con Lanzagorta, el comisionado de Allende, con los legos Herrera y Villerías, con Fray Gregorio, con Zapata y con los demás conjurados, no tuvo inconveniente en facilitarles las armas que se habían confiado á su lealtad, y ya con ellas, los independientes pudieron hacer la revolución de la madrugada del 11 de Noviembre.

En un estudio del señor Muro hemos leí-

do que Sevilla, afecto á la Independencia, no estaba de acuerdo con los mencionados, y que si llegó á estarlo fué porque entró en parlamento con Lanzagorta, que en la noche del 10 de Noviembre recorría las calles ya en son de pronunciado; que esa conferencia se verificó al aire libre en la plaza de la Merced, y que puestos de acuerdo los dos militares, es dirigió á poner en libertad á los legos y tuvieron la abnegación de reconocer como jefe á Herrera. Ni la lógica ni la historia autorizan esta versión, y en la biografía de Lanzagorta ya hemos visto que éste llevaba instrucciones de Hidalgo ó de Allende para promover la revolución; en la de Iriarte hicimos resaltar la circunstancia de que le fué fácil apoderarse del mando, porque en realidad en San Luis Potosí ninguno tenía el mando superior. Esto por lo que respecta á los antecedentes del suceso, pues por lo que atañe á la conferencia en la plaza de la Merced, diremos que aunque nada de particular tuviera que Sevilla y Lanzagorta, cada uno por su lado abrigara la idea de declararse por 'a Independencia, si lo tiene la circunstancia de que de tal manera coincidiesen en esa idea que hasta hubiesen pensado ponerla en práctica la misma noche del 10 de Noviembre; así mismo, resulta inverosímil que si Lanzagorta no estaba de acuerdo con la Independencia, se decidiese por ella á consecuencia de una corta conversación tenida en el momento en que ejecutaba actos de servicio y en presencia de muchas personas. Así, pues, como tradición, y tradición infundada, puede pasar esa versión, pero la historia, que tiene datos positivos en contrario, no puede acogerla.

Sevilla salió de San Luis y dicese que fué á Guanajuato en auxilio de Allende, y que en seguida se dirigió al Sur, donde combatió al lado de Morelos hasta que sucumbió como un valiente en el sitio de Cuautla. Sabíamos nosotros que estuvo en Calderón y siguió en el ejército de los caudillos, y después en el de Rayón, en los que por su carácter de subalterno no tuvo ocasión de distinguirse; su nombre no vuelve á encontrarse durante el largo período de la insu-

rrección, pero no obstante, Sevilla sobrevivió á ella muchos años y llegó á ser General de la República; es muy fácil comprobar esto último buscando su nombre en el escalafón del ejército, donde debe constar.



BR. DON FERNANDO ZAMARRIPA.

El nombre de este insurgente de los primeros días de la revolución permanecería olvidado si el empeñoso historiógrafo señor Don Manuel Muro no nos lo hubiese revelado.

Nació en la Congregación de Soledad de los Ranchos, jurisdicción de San Luis Potosí, y después de haber hecho sus estudios sacerdotales, fué sucesivamente Vicario de las Parroquias de San Luis, Dolores, y San Miguel el Grande; esta circunstancia lo hizo conocer á Don Miguel Hidalgo, que indudablemente lo hizo conocer sus proyectos, consiguiendo tener en él un adepto más de la causa de la Independencia. Al estallar la revolución se encontraba en San Luis, y en cuanto tuvo noticia de ella salió de la ciudad para incorporarse en Salamanca al ejército, al que acompañó hasta Maravatío; en virtud de las instrucciones del Generalísimo regresó á San Luis, donde tomó pequeña parte en el pronunciamiento del diez de Noviembre, y en seguida se dirigió á cumplir con otras comisiones á Zacatecas y Durango, ostentando, según se presume, el grado de Coronel.

Acompañó á los insurgentes del Norte en diversas expediciones y formaba parte de la división del Brigadier Don Rafael Núñez, cuando cayó prisionero de los realistas en el combate sostenido por aquél en la hacienda de Villela el 9 de Abril de 1812. Sujeto á proceso, dió pruebas claras del entu-

siasmo que sentía aún por la causa de la patria, pues cuando el Fiscal lo acusaba de haber sido secuaz y Capellán de los insurgentes, el padre Zamarripa negó que hubiese nada más desempeñado su ministerio absolviendo á aquéllos, y dijo que también había combatido hasta el momento que fue hecho prisionero; el Fiscal se desentendió de esta declaración y consiguió que se dictase sentencia de destierro conforme á su pedimento, pero el preso, al ser notificado, contestó: "Siento en mi alma no haber sido tan grande en la Insurrección como el señor Hidalgo, para que me hubieran degradado y cortado la cabeza. Iré á morir muy lejos de mi tierra, sin poder ayudar más á mis compañeros." Esta respuesta fue mandada tachar, así como unos versos que compuso y que se agregaron á la causa; esos versos, que circulaban ya en la ciudad, y cuyos ejemplares fueron mandados quemar por mano del verdugo, se conservaron gracias al cuidado que se tuvo de copiarlos para la causa.

Según Alamán, estuvo en las batallas de las Cruces y de Aculco, cayendo prisionero en esta última; de ser cierto esto, como lo es, no es posible que cuatro días después de esa batalla ya estuviese en libertad y en San Luis Potosí, contribuyendo á la revolución de esa ciudad. El mismo historiador vuelve á hacer referencia al padre Zamarripa, al que llama Zimarripa, al referir su prisión y las consultas que hizo el asesor al Virrey.

El padre Zamarripa fué llevado á Veracruz, montado en un asno, como lo mandaba la sentencia, y desde entonces se ignora su suerte, siendo lo más probable que falleciese, á consecuencia del clima insalubre del puerto y de los rigores de la prisión.



JOSE GUEMES.

Este insurgente es desconocido enteramente por su nombre, y sólo con el sobrenombre ó apodo de "El Anglo-Americano." se encuentran algunas referencias de él en las crónicas de la guerra de Independencia.

Parece que era natural de las costas y que había servido en el ejército realista, pues tenía algunas nociones de artillería. Se presentó á Hidalgo cuando éste iba de Celaya á Toluca, y desde luego fué destinado á la arma que conocía; Sotelo, en los apuntes que publicó, hace referencia á él, aunque suponéndolo extranjero, por el sobrenombre con que era más conocido. Asistió al combate del Monte de las Cruces y allí fué herido, según él mismo asegura; estuvo en Aculco y Calderón y perteneció después al ejército de Iriarte y en vez de caminar con él para el Norte se quedó con el lego Herrera, al frente de una regular partida. En Febrero de 1811, Gilemes penetró á la ciudad de San Luis Potosí, la que entregó al saqueo, y poco faltó para que diese muerte al Intendente Flores, puesto por los insurgentes; quiso fusilar á los españoles presos en la ciudad, pero las súplicas del clero potosino consiguieron que Herrera revocase la orden; sin embargo, se los llevó presos y los llenó de vejaciones y malos tratamientos, y al fin hizo que se diese muerte á varios de ellos.

Gilemes, que era indisciplinado, se separó de la partida de Herrera, lo que le salvó

vó de tener el mismo triste fin que éste, y regresó con unos cuantos hombres á la provincia de San Luis y entró al pueblo de Armadillo, donde se apoderó de una partida de caballos; tenazmente perseguido por las tropas realistas, se vió obligado á pasar á la provincia de Guanajuato. Unida su partida con las del padre Don Rafael García, conocido con el nombre de "Garcillita," y de Fray Santiago Rodríguez, se concentraron en Salamanca para atacar á Guanajuato, como lo hicieron, aunque inútilmente, á mediados de Marzo; se dirigieron entonces á Celaya, pero rechazados, volvieron sobre Guanajuato por segunda vez, hasta que el Teniente Coronel Don Miguel del Campo los alcanzó en la Calera y los derrotó completamente. Aun trató de ocupar Querétaro (Mayo), y al efecto, dirigió una intimación á los Alcaldes y vecinos haciéndoles grandes amenazas; pero carecía de las fuerzas suficientes para ello; por algún tiempo siguió expedicionando por Guanajuato, y aun concurrió, en unión de Albino García, á diversas funciones de armas. Como su sobrenombre no vuelve á mencionarse, es probable que muriera obscuramente en uno de tantos encuentros y escaramuzas que hubo en la provincia de Guanajuato en 1811.

El sobre nombre de "Anglo-Americano" no le venía de ser nativo de los Estados Unidos, sino de cualquiera otra circunstancia, y acaso de la de haber sido bautizado cuando ya era mayor de edad. El Capellán de Minería, después Cura de Querétaro, Don Rafael Gil de León, denunciador de la conspiración de esa ciudad, fué padrino de Gilmes, y á él le escribió desde Jerécuaro, en Abril de 1811, que hasta entonces se había encontrado en once batallas y que estaba resuelto á no envalnar la espada hasta tomar venganza de las tiranías de que había sido objeto su pobre familia. Estuvo casado con Andrea González, que residía en México, y que se encontra sumida en la mayor miseria, por lo que el Virrey dispuso que se le diera un empleo en la fábrica de tabacos, que entonces pertenecía al Gobierno.



DON BENEDICTO LOPEZ.

Como Torres, los Villagrán, Aranda, etc., era Don Benedictino López un labrador rico que se lanzó á la revolución, no para medrar en ella, sino para perder, tranquilidad, fortuna, comodidades y la vida.

Don Benedicto López era nativo de Zitácuaro ó de sus cercañas, donde poseía extensos y productivos terrenos que abonados con su incesante trabajo le habían dado una mediana fortuna, de la que vivía en 1810. Habiendo llegado Hidalgo á Valladolid, y en marcha para México, se le unió Don Ignacio Rayón, que no sólo le llevó su persona, sino que procuró atraer á sus hermanos y clientes, uno de los cuales era López, al partido de la independencia; su propaganda dió resultado, pues mientras aquel seguía al Generalísimo á Guadalajara, Don Benedicto levantó una partida en Zitácuaro y consiguió que otras personas de las cercanías hiciesen otro tanto, al grado que á fines de 1810 estaba insurreccionado todo el país, que se extiende al Sur del Valle de Toluca, los minerales de ese rumbo y la comarca confinante que se extiende por el Sur de Michoacán y Norte de lo que ahora se llama Estado de Guerrero.

El Virrey, para tener expeditas las comunicaciones por ese rumbo, se vió en la necesidad de enviar una división á las órdenes del Capitán español Don Juan Bautista de la Torre, del Regimiento de Tres Villas. López, que se había situado en Zi-

tácuaro, rechazó allí fácilmente la tentativa que en 20 de Febrero de 1811 hizo el Teniente Torrescano para apoderarse de la población, y esperó la llegada de Torre, haciendo algunos rudimentarios trabajos de fortificación, no atreviéndose á salir de la villa por las continuas victorias que el realista obtuvo en los meses de Marzo y Abril y que causaron un abatimiento general en toda la región. El 22 de Mayo dió Torre el asalto, y envanecido con sus triunfos creyó sencillo obtener uno más; reclamante cargó por la cañada de San Mateo y llegó á apoderarse del cerro del Calvario, donde los insurgentes tenían su artillería, pero rehechos éstos, dieron sobre él, rechazándolo al tiempo que López mandaba cortar el camino y lo atacaba por la retaguardia; Oviedo, á su vez, cargaba por el frente. Torre se vió en peligro tal, que apresuradamente se confesó con su compadre el Cura Arévalo, que lo había metido en aquella angostura, y aunque siguió caminos extraviados, al fin cayó en poder de López, que quiso llevarlo á Tuxpan, pero en el camino fué muerto á pedradas por los indios, que querían vengar en él las atrocidades que había cometido en tres meses de campaña; muchos oficiales perecieron y otros cayeron prisioneros, consiguiendo después rescatarse, pues Don Benedicto no era sanguinario; toda la artillería de Torre se perdió, y de setecientos hombres que mandaba, los que no murieron cayeron prisioneros, quedando muy pocos para traer á México la noticia. El camino á Valladolid quedó á discreción de los independientes, y desde las goteras de la capital hasta las de aquella ciudad, no quedaron más soldados realistas que los pocos que en Toluca tenía el Corregidor Gutiérrez, y que no estaban en estado ni de defender siquiera la población.

Aquella victoria dió aliento á los insurgentes y Rayón, que estaba en Tuzantla con una pequeña partida, se dirigió á Zitácuaro, donde López, que no era ambicioso ni discolo, le cedió el mando y le entregó todos sus recursos. El Virrey, entre tanto, alarmado, movió algunas tropas del Norte

de México, y con la violencia posible formó un nuevo ejército que tomó del de Calleja, poniéndolo á las órdenes del Coronel Empáran y ordenándole que marchase sobre Zitácuaro, el cual era rápidamente fortificado por Rayón y por López. Este tomó parte en la acción de 22 de Junio, que dió por resultado que Empáran con sus dos mil hombres fuese rechazado y se viese obligado á regresar á México.

Estos triunfos valieron á Don Benedicto el grado de Mariscal de Campo, con el que concurrió á las reuniones que dieron por resultado la instalación de la Junta de Zitácuaro. Como era probable que la villa sufriese un nuevo ataque, López siguió fortificándola, y aunque Rayón á última hora comprendió que no podría sostenerse allí, se resignó á quedarse por no chocar con aquel y con los indios, que la juzgaban inexpugnable. Sabido es que á pesar de los recursos acumulados allí, Calleja se apoderó del pueblo sin emprender un sitio y en un solo ataque, verificado el 2 de Enero de 1812. López, que defendió valientemente el punto que se le confió, sostuvo la retirada, y fué á refugiarse á Tuzantla, pero como conocía bien el país y por allí tenía sus intereses, obtuvo de la Junta, que se había refugiado en Sultepec, que se le ratificase el nombramiento de Comandante de Zitácuaro, y trabajó bastante por repoblar el lugar, como lo consiguió; reanudó sus correrías por las inmediaciones, y en Agosto se batió en Tilostoy Malacatepec con una sección de las fuerzas de Castillo, que trataban de acercarse á la destruida villa; cuatro días después, (el 12) rechazó á esas y otras superiores fuerzas que se presentaron frente á ella para evitar su repoblación.

Esta ventaja le permitió seguir fortificando la villa y que durante todo el resto de ese año y en todo el de 1813 no fuese incomodado por los realistas y hasta que estuviese en disposición de dar asilo á Don Ignacio Rayón y á sus hermanos cuando sufrían algún revés. No concurrió al ataque de Valladolid, dado en Diciembre de ese año, pero sí sufrió sus consecuencias,

pues muy poco tiempo después se vió amenazado por los triunfantes ejércitos virreynales; Don José Antonio Andrade, con una fuerza de 600 hombres se presentó tan opinadamente, que obligó á López á dejar el pueblo y á huir hacia el Sur. Por entonces, la fortificación del cerro de Cópore había adelantado bastante, y Don Benedicto la ayudó mucho y levantó una nueva partida, que puso á disposición de Rayón; con ella concurrió á la acción de Jungapeo ó de los Mogotes, en la que fue rechazado Llano. Después de este combate, López auxilió bastante al fuerte de Cópore cuando estuvo sitiado, pero cansado de la revolución, disgustado con Rayón y desconfiando de sus compañeros, permaneció largas temporadas en completa inactividad, y su nombre para nada aparece en gacetas y crónicas.

Hasta 1817 dió nuevas muestras de actividad, con motivo de la llegada de Don Nicolás Bravo á Ajuchitlán, proponiéndose organizar alguna gente; López, para distraer á los realistas, atacó Zitácuaro, donde mandaba Don Pío Ruiz; queriendo éste acabar de una vez por todas, dispuso sus tropas en tres columnas y se dirigió á la hacienda del Canario, donde estaba López, pero éste logró batir la columna de Revilla, y aunque rechazado por las otras dos, consiguió escaparse. Puesto de acuerdo con Don Nicolás Bravo, lo ayudó cuando éste empezó á fortificar nuevamente el cerro de Cópore y cuando fué atacado por Don Ignacio Mora, que fué rechazado, perdiendo cien hombres y cinco oficiales; también contribuyó á que Barradas, sucesor de Mora, fuese á su vez rechazado frente al cerro en el ataque que en Octubre de ese año intentó. En medio de la rápida pacificación de todo el Reino, que se iba consiguiendo, eran una nota discordante esos triunfos de los insurgentes en la provincia de Michoacán, así es que urgía acabar con ellos para que el país no volviese á estar intranquilo. Barradas fué reemplazado por Márquez Donallo, que llevó en su campaña al antiguo defensor del cerro, Don Ramón Rayón, y que estableció un severísimo bloqueo alrededor del fuerte.

Como en Cópore escaseasen los víveres, Don Benedicto pretendió introducirlos á viva fuerza, pero lo único que consiguió fué ser derrotado la noche del 29 de Noviembre, y caer en manos del indultado Don Mariano Vargas, que había militado en la insurrección á sus órdenes. Dos días después, el sitiador dió el asalto, que no fué resistido por los sitiados, los cuales al huir se precipitaron por el derrumbadero llamado Cuevas de Pastrana, pero allí cayeron en manos de los realistas, los que no cayeron precipitados desde lo alto del cerro. Bravo consiguió escapar, aunque muy maltratado, llegando á Huetamo, donde trató de reunir á los dispersos; el Lic. Ignacio Alas, preso de los insurgentes, Ordaz, los Carmona y otros jefes que de antemano habían entrado en pláticas para indultarse, quedaron libres, así como los doscientos setenta y siete prisioneros que habían hecho las tropas realistas; Rayón recibió el grado de Teniente Coronel; Márquez Donallo fué recomendado por tercera vez para el de Brigadier, y al ejército sitiador se le concedió un escudo con el lema: "Por la toma de Cópore."

El único sacrificado fué Don Benedicto López, á quien se fusiló al día siguiente de la victoria, cuando parecía natural, dado el carácter que la guerra había tomado, que se le perdonase la vida, imponiéndole un castigo cualquiera, como el destierro; pero el Gobierno español tenía que vengar en él las tres victorias de Zitácuaro, la de Jungapeo y las varias que había obtenido durante los dos sitios de Cópore, pues este insurgente fué de los pocos que tuvieron la fortuna de obtener frecuentes victorias sobre el enemigo y de ser él derrotado por veces, lo que le dió un gran prestigio entre los habitantes de la comarca, que siempre estaban dispuestos á militar bajo sus órdenes.